
Pan-latino/trans-latino: los puertorriqueños en el "nuevo New York"¹

Juan Flores

*Centro de Estudios Puertorriqueños
Hunter College, City University of New York*

Uno de los cambios más dramáticos y visibles en el perfil de la ciudad de Nueva York en las últimas dos décadas ha sido la creciente diversidad de su población latina. Por supuesto, los puertorriqueños nunca han sido el único grupo hispanohablante en la ciudad; los primeros capítulos de las crónicas de los latinos en Nueva York, como las de Bernardo Vega y Jesús Colón, abundan con descripciones de los cubanos, dominicanos, españoles, mexicanos y muchos otros "hispanos" que hicieron causa común con los puertorriqueños en la vida cotidiana y en las luchas sociales en muchos frentes. Pero a través del tiempo, y especialmente con la migración masiva de los años cincuenta, los puertorriqueños han predominado numéricamente sobre otros latinos a tal punto que han servido como el prototipo o arquetipo--ciertamente como el estereotipo--del Nueva York latino/hispano/"español". Desde los años veinte, y de manera indeleble con representaciones influyentes de la cultura puertorriqueña como *West Side Story* y *La Vida* de Oscar Lewis, el traslapo ha sido cada vez más completo entre los términos "Nueva York latino" y "puertorriqueño" en la imaginación popular.

Para los años noventa esa imagen--basada en tendencias demográficas muy claras--ha perdido su popularidad, especialmente a medida que los medios de comunicación y muchos proyectos de investigación tienden a interesarse más en las novedades y anomalías de "otros" recién llegados más exóticos que la ya familiar cultura puertorriqueña. El crecimiento cuantitativo y cualitativo de la comunidad dominicana, especialmente en la ciudad de Nueva York y en el Puerto Rico urbano, ha sido poco menos que sensacional; las

*En muchos sentidos, Nueva York se ha convertido
en la ciudad pan-latina por excelencia.
Y es tal vez aquí, en el "nuevo New York"
post-Nuyorican, donde el concepto latino
de asociación grupal se enfrenta a su mayor reto.*

consecuencias políticas y culturales de tal crecimiento, para Nueva York, la República Dominicana, Puerto Rico y quizás sobre todo para la comunidad puertorriqueña en Nueva York, ya son sumamente visibles y prometen aumentar en el futuro. La "mexicanización" de Nueva York también ha procedido rápidamente, especialmente durante la última década; incluso, en algunos años la proporción de inmigrantes del estado mexicano de Puebla podría exceder la de los provenientes de la República Dominicana. Añádanse a éstos los enormes contingentes de colombianos, salvadoreños, ecuatorianos, panameños, hondureños, haitianos, brasileños y los "nuevos" neoyorquinos de prácticamente todos los países de América Latina y el Caribe, y queda claro por qué la frase "latinos en Nueva York" ya no se circunscribe a los puertorriqueños.

Esta trascendental "pan-latinización" de la ciudad a lo largo de una sola generación requiere repensar la cultura y la identidad puertorriqueña en los Estados Unidos. ¿Cómo se entrecruzan y hasta qué punto se eluden la (auto)identificación y la historia cultural puertorriqueña y *nuyorican* con el rótulo pan-étnico de "latino" o "hispano"? Debe recordarse que tal rotulamiento ya se ha convertido en una práctica establecida de la cobertura en los medios de comunicación, el gobierno, el comercio, las ciencias sociales, la literatura y la cultura, de manera que los mismos puertorriqueños pueden recurrir constantemente al término para extender su alcance político, cultural e intelectual de acuerdo con circunstancias sociales cambiantes. Porque aunque uno pueda criticar y hasta sospechar de tales categorías totalizantes, un análisis de la cultura y la política contemporánea de los puertorriqueños en Nueva York necesariamente invoca un término más abarcador como el de "latino" para referirse a un conglomerado de experiencias históricas congruentes y entrelazadas. Hasta ahora, la mayor parte de la reflexión acerca del rótulo latino/hispano se ha referido al plano nacional (es decir, incluyendo a todo el territorio de los Estados Unidos) o a áreas, mayormente urbanas,

con una amplia interacción entre dos grupos latinos más o menos iguales en tamaño (Chicago es el primer ejemplo que viene a la mente, aunque Los Angeles y Miami también son pertinentes). Pero en muchos sentidos, Nueva York se ha convertido en la ciudad pan-latina por excelencia. Y es tal vez aquí, en el "nuevo New York" post-Nuyorican, donde el concepto latino de asociación grupal se enfrenta a su mayor reto.

La nueva mezcla

Las primeras señales de un cambio inminente pueden trazarse a principios de la década de 1960. Las consecuencias de la Revolución Cubana de 1959 produjeron un nuevo influjo masivo de exiliados cubanos a los Estados Unidos, muchos de los cuales se asentaron en el área de Nueva York. La muerte de Trujillo en 1961 marcó un relajamiento de las políticas migratorias restrictivas que habían prevalecido en la República Dominicana a lo largo de la era de Trujillo (1930-1961). Condiciones económicas precarias y luchas políticas, especialmente la guerra civil y la invasión militar norteamericana en 1965, han impulsado a números crecientes de dominicanos a emigrar a los Estados Unidos desde entonces. La inmensa mayoría de ellos--para 1990 tres cuartas partes--se mudó a la ciudad de Nueva York.

Pero lo que se considera el factor más importante en el lanzamiento de la "nueva inmigración" fue el cambio en la legislación norteamericana sobre la inmigración en 1965, el cual liquidó el sistema de cuotas por origen nacional, en efecto desde los años veinte, con su predilección por los europeos del norte y occidente. Este cambio de política, que estableció un máximo de 120,000 personas respectivamente para Asia y para el hemisferio occidental, literalmente abrió las puertas para una inmigración masiva de muchas partes de Asia y la mayoría de los países de América Latina y el Caribe. Desempeñando un antiguo papel histórico, la ciudad de Nueva York ha seguido siendo un destino favorito para los recién llegados y las cifras para el período posterior a 1965 son verdaderamente reveladoras. "En las últimas dos décadas"--según Nancy Foner (1987:1, 3)--"más de un millón de inmigrantes se ha establecido en la ciudad de Nueva York, la mayoría provenientes de las Indias Occidentales, Latinoamérica y Asia..." Según el censo de 1980, el 80 por ciento de los inmigrantes nacidos en Asia, el 82 por ciento de los jamaquinos y el 88 por ciento de los trinitarios residentes en el área metropolitana de Nueva York habían llegado después de 1965. El censo de 1990 posteriormente registró un aumento en los recién llegados.

Los nuevos neoyorquinos oriundos de países hispanohablantes, cada vez más conocidos como "hispanos" en el discurso oficial, figuran prominentemente en esta explosión demográfica. Con la excepción de puertorriqueños y cubanos, la representación de casi todos los países de América Latina y el Caribe hispánico ha aumentado geoméricamente desde la década de 1960. Para 1960, según cifras oficiales, la población latina de Nueva York consistía en casi cuatro millones de personas; para 1990 se duplicó hasta llegar a constituir una cuarta parte de todos los neoyorquinos, en igual proporción a los africanoamericanos. Algunos grupos nacionales con un par de miles de personas en 1960 (por ejemplo, los salvadoreños, guatemaltecos, hondureños y peruanos) aumentaron hasta alrededor de 20,000 en 1990, mientras que los colombianos, ecuatorianos y mexicanos han sobrepasado los 50,000 cada uno durante los últimos treinta años. El aumento más drástico ocurrió entre los dominicanos, quienes representaban el 1.7 por ciento de la población latina en 1960 con 13,293 personas; para 1990 los neoyorquinos de origen dominicano sumaban 332,713 ó 18.7 por ciento de los latinos en Nueva York, la segunda comunidad latina más numerosa después de los puertorriqueños (Haslip-Viera 1996).

Aunque el cambio legislativo de 1965 y el censo de 1960 pueden servir como puntos de comparación convenientes para distinguir el "viejo" y el "nuevo" período de inmigración, los saltos demográficos más dramáticos entre los grupos latinos en Nueva York ocurrieron una década más tarde. El "nuevo New York", como tituló el *New York Newsday* a un suplemento extenso sobre los latinos en la ciudad en 1991, es un fenómeno de los ochenta y los noventa, aunque las tendencias demográficas señalaban claramente en esa dirección desde finales de los setenta. Si uno mira a la población latina en su conjunto, el crecimiento ha sido similar para cada década desde 1960. Pero al analizar la diversificación de los latinos en Nueva York y el surgimiento de un perfil "pan-latino" que define ahora a la ciudad, el último cuarto del siglo 20 es el marco temporal más apropiado. Porque, para empezar, fue en los años setenta que la migración puertorriqueña, después de llegar a su punto máximo alrededor de 1970, se niveló considerablemente. Miles de puertorriqueños siguieron llegando a la ciudad, pero sus números fueron más que compensados por una continua migración de retorno a la Isla y por la dispersión de la diáspora en los Estados Unidos.

En contraste con otros grupos latinos, tanto por separado como en conjunto, la proporción de puertorriqueños en la ciudad ha declinado consistentemente: en 1960, más del 80 por ciento de los latinos en Nueva York eran puertorriqueños, comparados con sólo la mitad en 1990. En la década de 1980 la población puertorriqueña de la ciudad

se redujo en un 10 por ciento. Los neoyorquinos de origen cubano, luego de duplicarse en tamaño durante los años sesenta después de la Revolución, han declinado sustancialmente su proporción desde entonces. Los cubanos fueron desplazados por los dominicanos como el segundo grupo más numeroso de latinos desde los años setenta; para 1980 había dos veces más dominicanos que cubanos en Nueva York y para 1990, seis veces más. Actualmente, los cubanos no figuran entre los cinco grupos latinos más grandes en la ciudad: en 1980 ocupaban el tercer lugar, pero para 1990 se quedaron rezagados en comparación con los colombianos, ecuatorianos y mexicanos. Los salvadoreños, panameños y peruanos no están muy atrás.

Esta reconfiguración radical de la mezcla latina en Nueva York es un proceso sumamente complejo y coyuntural, con explicaciones tan diversas como la variedad de nacionalidades latinoamericanas que han venido a residir en la ciudad en la última generación. Más que una historia pan-latina de llegada y asentamiento en Nueva York, hay múltiples historias cubanas, puertorriqueñas, dominicanas, salvadoreñas y colombianas, cada una con su propia narrativa, a veces reñida con las demás. Aun así, todas las historias convergen en el "nuevo New York", un espacio que ahora representa a todo el hemisferio, incluyendo el crucial componente mexicano. El eje común de la formación de nuevas experiencias e identidades sociales es la ciudad de Nueva York, precisamente en el momento en que ésta se ha convertido en una "ciudad global" en el sentido actual de ese término.²

Es en la historia contemporánea de la ciudad de Nueva York, en su reestructuración--algunos dirían podredumbre, aplastamiento o recorte en tajadas de la Gran Manzana--de acuerdo con su función geoeconómica global, que puede encontrarse un hilo conductor en el intrincado patrón latino o, al menos, un marco de referencia para interpretar la inmensa y diversa presencia latina de una forma más abarcadora. Desde esta perspectiva, la historia de la "nueva" inmigración y, particularmente, la historia de los asentamientos latinos en Nueva York, adquiere un contorno diferente. En vez de prolongarse desde 1965 hasta el presente, el cambio de la "vieja" a la "nueva" inmigración puede dividirse en dos períodos, correspondientes a dos fases en la reestructuración de la economía de la ciudad desde mediados del siglo 20, cuyo punto de transición sería la crisis fiscal de mediados de los años setenta. La primera fase, desde 1950 hasta 1975, especialmente desde principios de los sesenta, consistiría en una época de "esperanzas desvanecidas" para los puertorriqueños; la segunda, a partir de 1975, se caracteriza por su "reemplazo" en ambos sentidos de la palabra--su desplazamiento hacia otros lugares y su sustitución por otros grupos.

Cuando los puertorriqueños empezaron a mudarse en masa a Nueva

York a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, tenían muchas esperanzas y expectativas de encontrar su propio lugar en la economía local. Entonces se pensaba que el mercado laboral de la posguerra tenía vacíos que proporcionarían oportunidades de empleo para los recién llegados, que en aquellos años eran predominantemente puertorriqueños y africanoamericanos: "Suponiendo una vitalidad regional sostenida y un sistema educativo efectivo, no había ninguna razón de antemano para dudar de la probabilidad de una incorporación exitosa de estos grupos en la corriente económica dominante" (Torres y Bonilla 1993:98-99). La experiencia histórica compartida entre "latinos" y africanoamericanos amerita énfasis particular, ya que los "negros y puertorriqueños" de Nueva York eran, después de todo, los "recién llegados" en el libro influyente de Oscar Handlin (1959) con ese título.

Pero la "vitalidad regional sostenida", que presuponía una vitalidad económica nacional e internacional para la "ciudad global", no duró mucho tiempo. El estancamiento de la ciudad iniciado a finales de los años cincuenta, combinado con las consecuencias desastrosas del experimento de Operación Manos a la Obra en Puerto Rico, desvaneció cualquier esperanza que pudieran mantener los puertorriqueños de lograr una posición más estable y favorable en la vida neoyorquina. "Para los puertorriqueños el principal resultado de este período fue el desplazamiento de la fuerza laboral, manifestado en un deterioro marcado en la participación laboral y en un aumento en el desempleo entre 1960 y 1970" (Torres y Bonilla 1993:99). En 1976, al evaluar esta fase, la Comisión de Derechos Civiles de los Estados Unidos publicó un informe alarmante, titulado *Puerto Ricans in the Continental United States: An Uncertain Future* (U.S. Commission on Civil Rights 1976), el cual planteó que los puertorriqueños constituían la excepción a la regla de la incorporación y el mejoramiento de los inmigrantes a través del tiempo. El informe concluyó de la siguiente manera:

La conclusión general de la Comisión es que los puertorriqueños en el continente [norteamericano] usualmente continúan inmersos en la pobreza que enfrentan las primeras generaciones de todos los grupos inmigrantes o migrantes. Las expectativas eran que generaciones sucesivas de puertorriqueños en el continente habrían de lograr la movilidad ascendente. Una generación más tarde, el hecho esencial de la pobreza sigue básicamente inalterado. En verdad, la situación económica de los puertorriqueños en el continente ha empeorado durante la última década.

Los Estados Unidos nunca antes habían tenido una gran migración de ciudadanos del exterior, distinta en cultura e idioma y también sujeta al problema del prejuicio de color. Después de 30 años de migración

significativa, contrario a la sabiduría convencional de que una vez los puertorriqueños aprendieran el idioma, la segunda generación se movería a la corriente dominante de la sociedad americana, el futuro de esta comunidad distintiva en los Estados Unidos aún está por determinarse (p. 145).

La segunda fase, que comenzó a mediados de los setenta, continuó estas tendencias de un modo más intenso y de distintas maneras. Los niveles de desempleo entre los puertorriqueños incrementaron a medida que escaseaban los trabajos estables tanto en el sector corporativo como en el público. Las oportunidades de empleo gubernamental, que se habían ampliado consistentemente desde mediados del siglo y habían absorbido un número creciente de trabajadores puertorriqueños y africanoamericanos, se redujeron drásticamente como resultado de la crisis fiscal de 1975-76, y los puertorriqueños sufrieron las mayores pérdidas de esa reducción. La sustitución de corporaciones relocalizadas por industrias de servicios y manufactura liviana ofrecía pocas esperanzas, ya que éstas últimas "establecieron un nuevo perfil de ocupaciones y procesos laborales" prácticamente inaccesibles para la mayoría de los africanoamericanos y puertorriqueños. La reorganización de la manufactura liviana desde mediados de los setenta, en particular, significó el "re-emplazo" a gran escala de los puertorriqueños por inmigrantes más recientes, mayormente otros latinos: "La fuerza laboral insertada en el complejo manufacturero anterior, que había sido desplazado en buena medida, no se reincorporó al sector emergente. El crecimiento del nuevo sector dependió de la reducción en el costo de la mano de obra, una condición satisfecha por el uso de nuevas fuentes de mano de obra inmigrante". Más aún, "Se trata de un sector manufacturero considerablemente transformado [en el que los puertorriqueños han tenido históricamente una representación importante], dependiente de costos laborales más bajos, el que ha absorbido una alta proporción de los trabajadores dominicanos", aunque "desde mediados de los años ochenta, la industria del vestido ha sufrido un nuevo período de declinación" (Torres y Bonilla 1993:102-103).

La imagen de una "declinación dentro de la declinación"--el título del artículo citado de Andrés Torres y Frank Bonilla--es una descripción apta de la experiencia de la población latina de Nueva York en las últimas décadas, por lo menos en cuanto a su incorporación a un mercado laboral sumamente fluctuante. Las dificultades socioeconómicas que confrontan los "nuevos" latinos de Nueva York en la década de 1990 son una extensión, una nueva etapa, en un proceso de reestructuración local, regional y global originado en la década de 1950 y que experimentaron desde sus inicios los puertorriqueños. En varios sentidos fundamentales, los ajustes realizados por la ciudad como centro

de mando postindustrial propulsaron los movimientos demográficos que llevaron a su repoblamiento más reciente. El surgimiento de un Nueva York "pan-latino" es el resultado de un intento previo de importar e incorporar a los puertorriqueños.

Más allá de los paralelos y las diferencias, la diversidad pan-étnica de la población latina actual es en buena medida un reflejo de cambios estructurales manifestados en la economía política regional de la "ciudad global". La historia de estos ajustes data de los años inmediatos de la posguerra y ha representado un cambio paradigmático en la experiencia inmigrante, de los grupos "antiguos", principalmente europeos, a los "nuevos" grupos, especialmente hispanos. Analizada en esta trayectoria más amplia, la latinización de Nueva York gira en torno a las congruencias y los contrastes entre los puertorriqueños y otros grupos latinos, individualmente y en conjunto. Los puertorriqueños no son sólo el grupo más grande y más antiguo dentro de las poblaciones latinas. Después de residir en la ciudad por más de un siglo, los puertorriqueños de Nueva York se sitúan entre los "viejos" y los "nuevos" inmigrantes, ya que su emigración masiva en los años cincuenta y sesenta fue la primera ola dentro de los flujos poblacionales no europeos. En vez de ser sólo uno más entre muchos grupos latinos, que perdió importancia mientras otros ampliaron la suya, la comunidad puertorriqueña está en el centro de cualquier consideración sobre los latinos en Nueva York, la piedra de toque histórico contra la que deben comprobarse eventos posteriores.

En el discurso público contemporáneo, el controvertido concepto de "latino" o "hispano" está de nuevo bajo discusión y por extensión la política y la práctica de la categorización "pan-étnica". Durante la misma generación en que Nueva York se unió a Chicago, Miami, Houston y Los Angeles como ciudades "pan-latinas" contemporáneas, los términos "latino" e "hispano" se han establecido firmemente en el lenguaje cotidiano en los Estados Unidos. El debate sobre su relativa validez y limitación--el cual se vincula a cuestiones volátiles sobre la raza y la inmigración--se realiza cerca de la zona de combate de las guerras culturales de nuestro tiempo. Antes de regresar al "nuevo New York", por lo tanto, y de evaluar los nuevos asuntos de la identidad cultural de los puertorriqueños planteados por su reciente reconfiguración, un análisis crítico del discurso cultural dominante en los Estados Unidos puede sugerir un marco teórico apropiado.

Lo étnico y lo pan-étnico

Los términos "hispano" y "latino" han adquirido tal difusión desde

la década de 1970 y especialmente desde la adopción oficial de "hispano" por el censo de 1980, que suenan a neologismos, acuñados para nombrar una nueva presencia en la escena social. La memoria histórica parece detenerse con el auge de los movimientos chicano y puertorriqueño, al trazar una genealogía de estos rótulos de última moda. Sin embargo, la gente así designada ha usado estos y otros términos similares, en inglés y español, para identificarse a sí misma por lo menos desde la década de 1920 y probablemente desde mucho antes. Aun en Nueva York, que comparado con el suroeste de los Estados Unidos contiene la más joven y pequeña de las dos principales concentraciones latinas de personas de origen latino, surgieron desde las primeras décadas de este siglo numerosas organizaciones, periódicos, movimientos y eventos con los términos "Latino", "Hispanic", "Latin", "Spanish" y "Spanish-speaking" en sus títulos, probablemente tantos como "puertorriqueño", "Puerto Rican" o "boricua".³ En verdad, ¿qué podría ser más "latino" en el sentido de una solidaridad pan-étnica que el Partido Revolucionario Cubano con su "Sección de Puerto Rico", que unía a las dos naciones caribeñas en una lucha conjunta contra el colonialismo español? El Partido, con su afiliado Club Dos Antillas, que incluía dominicanos y otras nacionalidades, estuvo activo en la ciudad de Nueva York hace más de cien años.

El sentido y la práctica de una unidad "latina/hispana" por encima de líneas nacionales comenzaron hace mucho tiempo, así como la necesidad táctica de nombrar esos lazos comunes y persistentes. Hasta la burocracia gubernamental de los Estados Unidos elaboró su propia terminología para referirse a estos grupos: antes de "hispano" el encasillamiento tradicional había sido "de origen español" y el término "de origen o ascendencia española/hispánica" aparecía con frecuencia en los documentos previos al censo de 1980 (Forbes 1992:59-78). Y existen continuidades entre las (auto)identificaciones más antiguas y las más recientes, entre ellas su connotación consistentemente europocéntrica. A pesar de los cambios de nombres, algunas organizaciones, periódicos, vecindarios y personas de orientación pan-latina se remontan a las primeras décadas de este siglo y comprueban la longevidad del nacimiento de un grupo trans-étnico que ahora se nos pide que celebremos y reconozcamos como nuevo. Como han argumentado varios estudiosos, la "racialización" de los pueblos latinoamericanos y caribeños en los Estados Unidos, que sirve de base para la etiqueta oficial de "hispano", data de principios del siglo 20 y, si extendemos el marco a las relaciones hemisféricas, buena parte del siglo 19 (Forbes 1992:7-17; Robinson 1992:29-59; Padilla 1990:7-27).

Lo nuevo no es tanto el objeto o el acto de significación sino el contexto discursivo, el clima sociohistórico en que se verifica el proceso

de (auto)nombrarse. El crecimiento, la diversificación y la dispersión masiva de las poblaciones latinas a lo largo de una sola generación están en la base de este cambio, aunque los múltiples movimientos sociales y culturales de los latinos desde fines de los años sesenta también resuenan fuertemente con el nuevo contexto semántico. Más que el conteo del censo propiamente, los clamores del *Brown Power* y las señales de alarma sobre "la minoría norteamericana que crece más rápidamente" han sentado la pauta para el discurso actual, un estado de ánimo colectivo que fluctúa desde un desafío radical hasta una angustia nacional al borde de la histeria. En los años noventa, los términos "hispano" y "latino" están en todas partes y proliferan en frecuencia y localización, después de adquirir una carga emocional y una complejidad de connotaciones desconocidas en sus usos históricos previos.

Y la cobertura de los medios de comunicación y los estudios académicos también abunda. En las décadas de 1980 y 1990, la mayoría de los periódicos y las revistas principales auspició encuestas y retratos extensos de los "nuevos americanos" provenientes del sur de la frontera, al mismo tiempo que docenas de libros y cientos de artículos se han enfocado en el "gigante durmiente" de la vida cultural y política de los Estados Unidos. El tema recurrente ahora no es tanto la experiencia de un grupo nacional o regional--los caribeños, por ejemplo, o los mexicanos y centroamericanos--sino del conglomerado total, la experiencia "hispana" o "latina", con énfasis en los aspectos comunes y las interacciones entre los grupos. La primera mitad de los años noventa solamente presencié la publicación de libros con los siguientes títulos: *Latinos: A Biography of the People*; *Latinos in a Changing U.S. Economy: Comparative Perspectives on Growing Inequality*; *Hispanic Presence in the United States: Historical Beginnings*; *Out of the Barrio: Toward a New Politics of Hispanic Assimilation*; *Ethnic Labels*, *Latino Lives: Identity and the Politics of (Re)Presentation in the United States*; *The Hispanic Condition: Reflections on Culture and Identity in America*; e incluso, *Everything You Need to Know About Latino History*.

Esta variedad de trabajos--y su variedad política, metodológica y estilística no podría ser mayor--tiende a dar por sentada la validez de la categoría pan-étnica para proceder a generar análisis, reflexiones y recomendaciones prácticas sobre esa base. Por supuesto, abundan los matices y las cualificaciones, y un libro como el de Earl Shorris (1992), subtulado *A Biography of the People*, recalca más las diferencias entre los grupos que sus semejanzas y la narrativa termina fragmentándose en múltiples biografías de distintos pueblos. La mayor parte de estos trabajos hace pocos esfuerzos por analizar críticamente la categoría

misma de "latino", y la exigua reflexión teórica frecuentemente contrapone "hispano" y "latino" de una manera estereotipada sin llegar a un consenso aparente sobre el término preferido (sobre el problema de la terminología, véase Hayes Bautista y Chapa 1987:61-68; Treviño 1987:69-72; Shorris 1992:xv-xvii; Stavans 1995:24-27). Estos ensayos suponen que el término "hispano" o "latino" se refiere a algo real o emergente, ya sea un agregado demográfico, un bloque electoral, un mercado, un grupo lingüístico o cultural, una "comunidad" o, en la frase grandilocuente de Ilan Stavans, una "condición". Dado el tenor xenofóbico de la política dominante en la década de 1990, que percibe a los "hispanos" y los "latinos" sobre todo como "problemas", tales concepciones son necesarias y contribuyen a la construcción social de una identidad colectiva importante.

Un consenso de estos ensayos podría centrarse en la "etnicidad" como el concepto que mejor capta los lazos entre los latinos y las fronteras que los separa de los demás en el contexto norteamericano. Aunque la frase "grupo étnico hispano" no aparece como tal en muchas ocasiones, la premisa subyacente en los Estados Unidos hoy en día es que en la medida en que los latinos constituyen un grupo definible, son una etnia. Pero aun aquellos esfuerzos académicos que menos se preocupan por meter a todos los hispanos en un solo saco--y los demógrafos están tan inclinados a hacer esto como los críticos culturales--también muestran una conciencia persistente de que en todo caso, se trata de una etnia compuesta por distintas etnicidades, un "grupo étnico" que solamente existe a partir de los subgrupos constituyentes.

Una línea más circunspecta de pensamiento se refiere a los latinos como una "pan-etnicidad", una formación colectiva surgida de la interacción o congruencia histórica entre dos o más etnicidades relacionadas culturalmente. El enfoque pan-étnico, desarrollado en la teoría social contemporánea por escritores como David López y Yen Espiritu (López y Espiritu 1990; Espiritu 1992; Winant 1994:60-62), tiene la ventaja de centrar el análisis en la dialéctica entre las partes y el todo, los grupos nacionales discretos y la construcción de un colectivo "latino". El foco de atención es necesariamente la interacción, mientras el supuesto grupo social como tal, así como su discurso, se entiende como un proceso más que como una entidad con un significado fijo.

Una instancia temprana de tal enfoque, aunque anterior al desarrollo de conceptos como pan-etnicidad por más de una década, es el libro de Félix M. Padilla, *Latino Ethnic Consciousness: The Case of Mexican Americans and Puerto Ricans in Chicago*. Aunque editado en 1985, el libro se basa en estudios de casos de principios de la década de 1970, cuando Chicago aún era la ciudad con la mayor población multilatina en los Estados Unidos, y los dos grupos más numerosos

multilatina en los Estados Unidos, y los dos grupos más numerosos eran los mexicanoamericanos y los puertorriqueños. El objetivo de Padilla (1985a:vii) era analizar "el proceso de formación de un grupo étnico latino/hispano en la ciudad de Chicago". Su interés principal eran "las condiciones que permitieron que mexicanoamericanos y puertorriqueños trascendieran las fronteras de sus respectivas comunidades basadas nacional y culturalmente, y adoptaran una identidad colectiva nueva y diferente como 'latinos' o 'hispanos' durante los primeros años de la década de 1970". Al estudiar el "proceso de interacción entre puertorriqueños y mexicanoamericanos", Padilla trató de explicar el surgimiento de "una identidad y una conducta étnica conscientemente latina o hispana, distinta y separada de las identidades étnicas individuales de los grupos".

La fortaleza y la debilidad del libro de Padilla, con la ventaja de una mirada retrospectiva, es su pragmatismo. Por el lado positivo, el libro toma seriamente lo que debiera ser un imperativo de todo análisis "pan-étnico", el estudio de la interacción social concreta entre grupos latinos. Al enfocarse en las experiencias vividas de comunidades distintas pero afines que terminan actuando y sintiéndose como una sola, Padilla evita el esencialismo cultural mucho antes de que esa falla se reconociera, al menos en los términos actuales. A tales efectos, Padilla argumenta a favor de una comprensión "situacional" y "política" en el sentido de estar enraizada en el reconocimiento de intereses sociales compartidos.

Sin embargo, el problema con este concepto pragmático del "latinismo" es que reduce su objeto de estudio, la "conciencia étnica", a la "conducta" (los dos términos se usan frecuentemente como sinónimos en el libro de Padilla). Y debido a que la emergente identidad latina se interpreta como una separación tan explícita y deliberada de la identidad mexicanoamericana o puertorriqueña, el proceso de formación pan-étnica se desvincula de las trayectorias históricas de cada uno de los grupos. El libro es notablemente parco acerca de tal trasfondo y acerca de cualquier intento sostenido por explicar cómo llegaron tantos mexicanos y puertorriqueños a Chicago en un principio. Contrario a sus preferencias políticas manifiestas y a sus trabajos posteriores sobre el "latinismo" (véase Padilla 1985b, 1990), Padilla en efecto divorcia la formación de una unidad pan-latina de su contexto internacional más amplio, el de América Latina.

Muchas de estas limitaciones se evitan y los términos del análisis se actualizan sustancialmente en el reciente libro de Suzanne Oboler, *Ethnic Labels, Latino Lives: Identity and the Politics of (Re)Presentation in the United States* (1995). Aquí está más viva la sensibilidad hemisférica, como habría de esperarse de una peruana americana que escribe en una época en que la "conciencia étnica latina" se nutre de

las perspectivas y experiencias de toda "nuestra América". Oboler conceptualiza la identidad latina en términos teóricos e históricos mucho más amplios que Padilla. En verdad, su tratamiento es más amplio que otros ensayos sobre el tema hasta la fecha. Y aunque su ensayo es muy abarcador, su análisis de "la condición hispana" sabiamente evita las presunciones y los errores crasos del libro de Ilan Stavans (1995) con ese título desafortunado.⁴ Más importante aún, Oboler escribe después de que el término "hispano" se ha oficializado como categoría censal y ha pasado a circular comercialmente como un artículo de consumo semántico.

La principal contribución de Oboler, como indica su título, es el escrutinio crítico de ese choque entre "rótulos" y "vidas", es decir, entre identidades impuestas y asumidas. Oboler traza la génesis y los motivos de esta nueva "política" hacia los hispanos y los relaciona con un proceso más amplio de "racialización", aunque su tratamiento de estos asuntos podría suplementarse con algunos de los artículos editados en un número especial de 1992 de la revista *Latin American Perspectives* sobre "La política de la construcción étnica", con el que Oboler también colaboró (véase especialmente Calderón 1992 y Forbes 1992). En todo caso, la dramatización de la crisis de la (re)presentación latina, el sentido incluyente pero crítico de una identidad "pan-latina" y la atención sostenida a las diferencias de género y clase hacen de *Ethnic Labels, Latino Lives* un aporte importante y bienvenido, más allá de las limitaciones metodológicas y teóricas del estudio inicial de Padilla.

No obstante, al analizar el concepto mismo de latino, Oboler se mantiene dentro del universo discursivo de Padilla o al menos muy cerca de él. La "etnicidad", como categoría confiable de diferenciación social, aún se mantiene suprema, así como la equivocación inevitable, al referirse a los latinos, entre los dos "niveles" o formas de afiliación étnica, el grupo nacional y el pan-étnico. Oboler advierte repetidamente contra el relativismo vago y arbitrario del concepto étnico e insiste en diferenciar histórica y estructuralmente entre los grupos "latinos". En algunos momentos, incluso toma partido con los escépticos, como Martha Giménez y David Hayes-Bautista, quienes descartarían por completo la categoría de "hispano". Pero luego evade las implicaciones de la distinción de Giménez entre grupos "étnicos" y "minoritarios" y, especialmente en la segunda mitad etnográfica de *Ethnic Labels, Latino Lives*, cae en su propio relativismo étnico "latino".

Para comprobar la utilidad del rótulo hispano/latino, Oboler realizó su trabajo de campo en la ciudad de Nueva York entre 1988 y 1990. Mientras enseñaba clases de inglés como segundo idioma en un programa educativo sindical, entrevistó a 13 mujeres y 9 hombres que

trabajaban en la industria del vestido. Sus informantes, la mayoría de ellos entre 30 y 60 años de edad, nacieron en nueve países diferentes de América Latina. Aparte de las limitaciones de edad y otras variables importantes, es significativo que sólo uno de sus informantes varones, "Juan", era un puertorriqueño nacido en Nueva York, y que sólo tres de los 22 informantes eran puertorriqueños. Cuatro eran colombianos, tres dominicanos, tres nicaragüenses y dos eran del Perú, Honduras y El Salvador cada uno. A lo largo del libro, al presentar sus hallazgos, Oboler pone énfasis en la principal fisura dentro del frente "hispano", la diferencia entre las "poblaciones inmigrantes" de América Latina y las "comunidades históricamente más establecidas de chicanos y puertorriqueños" (p. 102). Y al concluir su informe reitera: "De nuevo, el estudio no es representativo de las poblaciones inmigrantes de América Latina ni de los puertorriqueños en la ciudad de Nueva York" (p. 157). Pero se le olvida mencionar que cuando realizó su trabajo de campo más del 50 por ciento de los latinos en Nueva York eran puertorriqueños.

A pesar de sus intenciones teóricas, la parte etnográfica de *Ethnic Labels, Latino Lives* subraya uno de los peligros más serios al usar la categoría de hispano, peligro que Martha Giménez ha identificado como potencialmente "racista". "Estos rótulos son racistas"--según Giménez (1992:8)--"en [el sentido de] que... reducen a la gente a entidades intercambiables, negando las diferencias cualitativas, por ejemplo, entre personas de origen puertorriqueño que han vivido por generaciones en la ciudad de Nueva York y los inmigrantes recién llegados de Chile u otro país de Sur o Centroamérica..."

Oboler no "niega" exactamente las diferencias, según se desprende de sus advertencias teóricas, además de que tales diferencias son obvias para cualquier observador cuidadoso de la vida latina en Nueva York. En verdad, las diferencias son tan significativas que Oboler describe su muestra como "un pequeño grupo de veintiún inmigrantes latinoamericanos y un puertorriqueño nacido en los Estados Unidos" y cuando define su objeto de estudio al principio parece vacilar sobre si incluir siquiera a los puertorriqueños, especialmente a los nacidos en los Estados Unidos (pp. 102, 110). Y su informe mismo recurre repetidamente a condicionantes tales como "muchos hispanos, independientemente de su país de origen (y de nuevo, con la excepción de los puertorriqueños)"; o "dejando a un lado al puertorriqueño nacido en los Estados Unidos" (pp. 111, 122). La ironía es que Oboler ni siquiera necesita hacer estas advertencias; sus entrevistas hablan por sí solas. "Juan" y hasta cierto punto "Teresa", sus dos informantes puertorriqueños nacidos en los Estados Unidos, hacen declaraciones y expresan puntos de vista sobre la identidad "hispana" y la sociedad

norteamericana que se distinguen marcadamente entre los testimonios citados. Los ejemplos son abundantes, como cuando Juan señala: "Soy americano sólo por accidente, porque Puerto Rico es un territorio de los Estados Unidos. No creo que sea por decisión propia, porque tienen bases americanas allá [en la Isla]" (p. 152). Incluso "Jorge", el puertorriqueño nacido en la Isla, responde a la categoría "latino" de una forma distinta a los demás informantes nacidos en el extranjero: "Al principio, cuando llegué, mi jefe quería hablarme en inglés, aunque yo no conocía el idioma. Creo que pensaba que yo era latino" (pp. 152, 154).

Pero la división más reveladora entre los puertorriqueños de Nueva York y los demás grupos latinos es la extensa declaración de Juan sobre el proceso de rotulación contemporáneo de los grupos étnicos en los Estados Unidos. Según Juan,

La gente blanca tienen un nombre para todos los demás. De los blancos salió la palabra hispanos y spics. Quiero decir, los puertorriqueños nunca se dicen hispanos entre ellos. Nunca se decían spics... Ellos simplemente cuentan a toda la gente latina en un solo montón. Lo hacen con los negros también. Quiero decir, mira, ellos son más que negros. Están los negros americanos, están los africanos, los jamaquinos; y están los negros puertorriqueños; algunos tipos son más prietos que yo. Están también los negros dominicanos, está la gente blanca que tiene la piel oscura... Así que están los hispanos acá que incluyen a cualquier raza que quieras poner al sur de la frontera. Entonces están los negros, cualquier cosa del Congo para abajo. Entonces están los blancos que son americanos (p. 155).

Oboler apunta que Juan está articulando su conciencia de que el proceso de rotulación étnica en el contexto norteamericano conlleva una confusión entre raza y nacionalidad, pero ella no reconoce que es el único que plantea el asunto en esos términos. Ni tampoco elabora las implicaciones de esta perspectiva "excepcional". Más bien, Oboler está tan decidida a establecer contrastes de clase y, en menor medida, género, a través de líneas nacionales, que deja sin analizar la singularidad llamativa del "nuyorican" entre las múltiples voces latinas en Nueva York.

Pan-latino/trans-latino

Este es precisamente el desafío más serio para un análisis de la identidad latina en el "nuevo New York": ¿cómo conceptualizar la convergente geografía cultural de tantas vidas latinas y evaluar la relativa validez de un término identificatorio común para todos, a la vez que se

le otorga el debido peso analítico a la posición especial y el punto de vista del grupo más numeroso, antiguo y distintivo desde una perspectiva estructural, los puertorriqueños? Más aún, ¿puede establecerse ese deslinde cualitativo sin que el análisis parezca divisivo o "excepcionalista", al punto de ignorar denominadores comunes y nuevas formas de solidaridad surgidas a partir de circunstancias históricas cambiantes?

El discurso público y científico-social tradicionalmente ha construido a los puertorriqueños en Nueva York como la "excepción", el ingrediente extraño en el crisol de razas. El énfasis asimilista implícito en las analogías con otros grupos étnicos e inmigrantes ha venido acompañado por las patologías sociales del "problema puertorriqueño": uno piensa en los trabajos de Glaser y Moynihan y Oscar Lewis o, de forma más benigna, C. Wright Mills o el padre Joseph Fitzpatrick. Y de nuevo, en los años noventa, mientras el gigante hispano se levanta de su sueño, los puertorriqueños siguen siendo la "excepción" a la regla pan-étnica, constituyendo un "problema" entre su propia gente. Desviados del camino "hacia una nueva política de asimilación hispana", los puertorriqueños en los Estados Unidos reciben un capítulo especial del controvertido libro de Linda Chavez, *Out of the Barrio* (1991). El capítulo titulado "The Puerto Rican Exception" lo dice todo. Una vez más, los puertorriqueños de Nueva York se quedan atascados en el barrio, ahogados en su "cultura de la pobreza", mientras otros latinos se mueven hacia la corriente dominante de la sociedad norteamericana. Después de cincuenta años de presencia masiva en Nueva York y otras partes de los Estados Unidos, los puertorriqueños se han quedado fuera de la salsa.

Pero aun Chavez, desde su postura oficialista neoconservadora, parece darse cuenta de que un acercamiento destituyente que culpe a la víctima no puede explicar su "excepción" convincentemente. Al referirse a la falta de asimilación de los puertorriqueños al estilo de vida norteamericano según se refleja en su aparente apatía política, Chavez apunta: "El status de Puerto Rico, sin embargo, no puede dejar de tener un efecto en las actitudes de los puertorriqueños hacia el proceso político, particularmente debido a que retienen una fuerte identificación como puertorriqueños primero y americanos segundo, de acuerdo con las encuestas de opinión pública" (p. 156). A pesar de su presencia mucho más larga en la ciudad que otros latinos de Nueva York y de su relación histórica más estrecha con la sociedad norteamericana como ciudadanos de los Estados Unidos, los puertorriqueños se han resistido firmemente a la asimilación, por lo que Chavez--por muchas razones equivocadas--se tropieza con la siguiente explicación: "Puerto Rico no

es ni una cosa ni la otra políticamente, ni un estado ni una nación independiente" (p. 156). Al relacionar la posición "excepcional" de los puertorriqueños frente a la asimilación con el asunto del status político de Puerto Rico, Chavez reconoce que el concepto pan-étnico tiene que alinearse con un conocimiento de las relaciones transnacionales para incluir su más notable "excepción". Como es de esperarse, ella evade las implicaciones más profundas de este campo conceptual más amplio, al concluir precipitadamente sus ideas sobre las alternativas de status con una noción reconfortante: "en todo caso, es improbable que un cambio en el status de Puerto Rico haga mucho por resolver los problemas a los que se enfrentan los puertorriqueños en los Estados Unidos" (p. 158).

Pero se hace la asociación, aun cuando el objetivo ideológico sea negar o minimizar su pertinencia para generalizar sobre los latinos como un conglomerado de grupos.

Separar a los puertorriqueños dentro del agregado latino es necesario debido a la relación colonial persistente entre los Estados Unidos y Puerto Rico, lo cual hasta una discusión enfocada en los procesos étnicos norteamericanos no puede ignorar completamente. Es interesante que los informantes sudamericanos de Oboler articulen una conciencia de esta diferencia en algunos puntos de su conversación. Cuando la colombiana "Soledad" escucha a algunos de sus compañeros de trabajo decir que no saben por qué los puertorriqueños se "separan" de los demás grupos, ella ofrece su propia explicación:

Oh, yo lo entiendo. Es porque están indecisos acerca de los puertorriqueños. Realmente no saben si son americanos o si son puertorriqueños. Verás, ellos tienen un problema con los puertorriqueños porque no creen que pueden ser americanos y aún así hablar español. Así que los catalogan como americanos para algunas cosas, pero para otras son puertorriqueños. Cuando cuentan para algo son americanos, pero cuando no los necesitan para contarlos para algo son boricuas (p. 140).

Soledad no atribuye explícitamente la ambigüedad que ella nota en la identificación de los puertorriqueños en Nueva York a las maquinaciones del control colonial, pero para ella está claro que tal ambivalencia es producto de un oportunismo político que trasciende los confines de los barrios y las fábricas de Nueva York. Una vez más, la amplitud de la categoría pan-étnica implica una serie de relaciones y perspectivas transnacionales.

Soledad también reconoce que tal tratamiento no es de ningún modo exclusivo de los puertorriqueños, sólo que quizás es más evidente e intenso en su caso. La "excepción" también puede ser el paradigma. "Pero de distintas maneras"--concluye sus observaciones--"ellos hacen eso con todos los que hablamos español. Tú sabes, si un americano

está corriendo, sólo está haciendo ejercicios; pero si uno de nosotros está corriendo, hemos cometido un robo" (p. 140). Con esta experiencia en común, la situación distintiva de los puertorriqueños--el vínculo directo y estructurado entre su posición "étnica" y la condición política de su país de origen--es una versión más gráfica y prominente de la experiencia latina en general. La razón para diferenciar y quizás privilegiar una perspectiva puertorriqueña al analizar el concepto pan-latino no radica, entonces, en apelar al tamaño y longevidad de la comunidad boricua en Nueva York, aunque se requiere una visión histórica más larga que la proporcionada por Oboler. Después de todo, hay mucha verdad en la respuesta molesta del salsero Willie Colón a la descripción de los puertorriqueños en *Out of the Barrio*, que él llama "out of left field" (fuera del juego). "Quizás Chavez piensa que los puertorriqueños tienen un problema genético"--apunta Colón y establece un paralelo con la situación lamentable de los nativos del Hawaii. "Simplemente cambia el nombre de Hawaii por el de Puerto Rico. Esto es lo que le pasa a la gente que se convierte en invitados en su propia casa". Subrayando el precio que los puertorriqueños han tenido que pagar por su papel pionero en la historia de los latinos en Nueva York, Colón añade:

El hecho es que, en el este, la gente tolera a los hispanohablantes, la razón por la que hay periódicos, programas de televisión y radio en español, exámenes para la licencia de conducir en español y música de salsa es porque los puertorriqueños entregaron sus corazones y sus almas a ganarse un lugar aquí. Los puertorriqueños crearon un ambiente que facilita que otros latinos puedan tener éxito. Oigo a muchos nuevos inmigrantes latinos decir, "En este país cualquier trabajito es una profesión". Eso es porque no estaban aquí cuando te podían dar una paliza con un bate de béisbol por tratar de vender piraguas o meterte en la cárcel por jugar dominó (Colón 1991:86).

De nuevo, esta reacción basada en la premisa de que "nosotros-estuvimos-primero-aquí" o de que "hay-más-de-los-nuestros", aunque representa una respuesta válida a una patología ahistórica, no es suficiente para dar cuenta de la "excepción puertorriqueña" entre los grupos latinos. Una explicación más adecuada para la aparente paradoja de que los puertorriqueños tienen más ventajas como ciudadanos norteamericanos pero menos logros que otros latinos se sugiere en la respuesta al libro de Chavez por otra figura pública, el congresista del Bronx, José Serrano: "Ella... nos culpa por no capitalizar en nuestra ciudadanía"--señala Serrano--. "¿Cómo puedes capitalizar en una ciudadanía de segunda clase? Lo que ella no entiende es que de la misma manera que el legado de la esclavitud sigue vigente entre los afroamericanos, el colonialismo ha afectado a los puertorriqueños"

(Serrano 1991:83). Serrano insiste en una perspectiva histórica larga y en el impacto persistente de las relaciones internacionales de poder en la vida y la posición de los puertorriqueños en la sociedad norteamericana. La pan-etnicidad sólo se mantiene como una categoría colectiva confiable si se reconoce que cada grupo que compone el agregado participa al mismo tiempo de una comunidad transnacional, cuyo ejemplo más sobresaliente, como inmigrantes latinos coloniales, son los puertorriqueños.

Perder de vista esta localización de la excepción-como-paradigma de los puertorriqueños dentro de la geografía pan-latina puede llevar a serios malentendidos y omisiones, como ilustra la etnografía "situacional" de Oboler. Tales confusiones abundan en los ensayos más cósmicos y esencialistas, usualmente de corte periodístico, donde "lo latino" aparece como una nueva "raza", unida por un lazo primordial forjado de la lengua española y el catolicismo, un espíritu glorioso a punto de tomar culturalmente a Nueva York. Por ejemplo, Enrique Fernández, el periodista cubanoamericano del *Village Voice*, la revista *Más* y el *Daily News*, escribe:

la "hispanización" era una figura retórica a principios de la década [de los ochenta]. Hoy es una realidad asombrosa. Ya somos una mayoría en San Antonio y Miami. ¡Ay, Nueva York! ¿Cuán pronto tendremos un "Festival Americano" para atender las necesidades de las minorías? (Fernández 1988:19).

Las diferencias de carácter socioeconómico o político son irrelevantes para esta retórica triunfalista, en la que "nuestros hermanos boricuas" son sólo un condimento más en el sancocho latino.

Pero tal imprecisión al plantear la noción de una "etnicidad" latina, con su característica falta de atención a las particularidades y exclusiones, es rampante en el abundante trabajo empírico sobre los latinos en Nueva York. Los perfiles demográficos y socioeconómicos usualmente dan por sentada la premisa de un agregado "hispano" y otras designaciones censales, para luego proceder a recopilar evidencia y generar análisis y propuestas de políticas. Por ejemplo, el reciente informe del Hispanic Research Center de la Universidad de Fordham (1995), con el prometedor título de "Nuestra América en Nueva York: The New Immigrant Hispanic Populations in New York City, 1980-1990", desagrega los datos de acuerdo con el origen nacional. Pero en ninguna parte reflexiona sobre la colocación diferencial y la experiencia histórica de los puertorriqueños y consistentemente toma a los "blancos no hispanos" como variable de control operacional. Esta confusión de categorías "raciales", nacionales y étnicas no parece preocupar a los investigadores, ni tampoco interesarles el valor potencial de las comparaciones y contrastes con otros grupos, particularmente los

africanoamericanos y los americanos de origen asiático. Y en cuanto a cualquier resonancia con la visión de José Martí que sugiere el título, "Nuestra América en Nueva York" carece de un marco de referencia transnacional y hemisférico.

La misma crítica puede aplicarse a un informe anterior de los demógrafos del Departamento de Planificación de la Ciudad, Evelyn S. Mann y Joseph J. Salvo, titulado "Characteristics of New Hispanic Immigrants to New York City: A Comparison of Puerto Rican and Non-Puerto Rican Hispanics" (1984). Aunque el título de este trabajo sugiere un análisis cuidadoso de las diferencias entre categorías desagregadas, tales como los puertorriqueños y "otros hispanos", sus resultados son de valor limitado, porque no comparan a los puertorriqueños con cada uno de los "otros" grupos por separado. Más aún, el poder explicativo de su conclusión es mínimo, según se manifiesta en su atribución de las diferencias encontradas, que ellos califican de "amplias", a "disparidades básicas en la fertilidad, la participación laboral y sobre todo la estructura y la composición familiar". De nuevo, las premisas ideológicas y el tratamiento ahistórico de "la excepción puertorriqueña" nos devuelven directamente a la tesis de la cultura de la pobreza.

Quizás la pregunta central de un análisis comparativo de los grupos latinos en el Nueva York contemporáneo es la relación entre puertorriqueños y dominicanos, un análisis usualmente evadido debido a la frecuente agrupación oficial de los dominicanos en las categorías "centro y sudamericano" u "otros hispanos". La ausencia de los dominicanos como un punto de comparación discreta se nota en muchos trabajos recientes sobre los latinos en Nueva York. Y sin embargo, los dominicanos ya constituyen el segundo grupo más numeroso de latinos en la ciudad y se están acercando rápidamente al número de puertorriqueños, según cifras extraoficiales. Aún más importante es que los dominicanos se asemejan mucho a los puertorriqueños en cuanto a su historia cultural y su posición socioeconómica en Nueva York. Los dos grupos, a veces agrupados dentro del agregado latino a causa de su trasfondo caribeño común, representan más del 80 por ciento del total. Por eso dominan en la imagen pública del Nueva York latino. Y además de su magnitud y afinidad cultural, es en la comparación con los dominicanos que la experiencia puertorriqueña encuentra su contrapunto más directo.

Desafortunadamente, los trabajos sociológicos sobre la comunidad dominicana hasta la fecha han soslayado este tipo de análisis comparativo. Ya sea que se celebre la "vitalidad" de la comunidad y su rápido progreso o se denuncie su "pobreza" inigualable--los ensayos realizados tienden a oscilar entre esos dos extremos--, el punto de

referencia es la población latina en conjunto o la sociedad no dominicana en general. Por ejemplo, un estudio reciente, *Dominican New Yorkers: A Socioeconomic Profile*, recoge numerosas tabulaciones que comparan a los dominicanos con la población de "la ciudad de Nueva York en total", "los blancos no hispanos", "los negros no hispanos" y "los hispanos en total", pero incluye sólo una mención parentética de los puertorriqueños ("sólo los puertorriqueños tienen una mayor presencia") (Hernández, Rivera-Batiz y Agodini 1995:5). Entre otras cosas, la omisión de tal comparación entre los dos grupos cuestiona el reclamo reiterado de los autores acerca de la posición socioeconómica inferior de los dominicanos entre todos los hispanos en Nueva York y, en muchos aspectos, entre todos los neoyorquinos.

El objetivo de tales análisis comparativos no es establecer un orden de rango entre los "más oprimidos" o los "más exitosos". El problema principal es más bien desarrollar una perspectiva metodológica y teórica para explorar el terreno. Otro ensayo reciente por uno de los mismos autores produce un inventario más balanceado de la compleja situación socioeconómica de la comunidad dominicana en Nueva York (Hernández y Torres-Saillant 1996). Pero otra publicación reciente del Instituto de Estudios Dominicanos de CUNY, *Quisqueya on the Hudson: The Transnational Identity of Dominicans in Washington Heights*, por Jorge Duany (1994), sugiere un marco de referencia analítico apropiado para comparar los dos grupos y considerar de una manera diferenciada la experiencia de los latinos en Nueva York. Duany no menciona frecuentemente el problema de la identidad puertorriqueña--aunque ha escrito extensamente sobre el tema desde muchos ángulos--ni establece paralelos y contrastes con los dominicanos; su muestra estrictamente local de un vecindario es aún más limitada que las de otros estudios. Pero al colocar la experiencia de los "Dominican Yorks" en el contexto de la globalización y la formación de "identidades transnacionales", Duany escribe en términos que resuenan históricamente con procesos sociales paralelos experimentados por los puertorriqueños.

Además de documentar las características socioeconómicas de la población dominicana, Duany ofrece observaciones y cita actitudes sobre la orientación política y cultural hacia el país de origen, la asimilación y su resistencia, el bilingüismo y la raza, y una gama de otros asuntos de interés central para el estudio de la identidad puertorriqueña en Nueva York. Duany enmarca su discusión en el contexto conceptual de las "comunidades transnacionales", la diáspora, los procesos de migración circular y global, y otros elementos constitutivos de la teoría cultural contemporánea. Por ejemplo, cuando describe a los dominicanos como una "comunidad transnacional", "caracterizada por un flujo constante de personas en ambas direcciones,

un sentido dual de identidad, un apego ambivalente hacia dos naciones y una red ampliamente distribuida de lazos de parentesco y amistad a través de fronteras estatales" (p. 2), podría estar hablando de los Nuyoricans, el prototipo de esa comunidad entre los latinos en Nueva York. Desde este punto de vista, Quisqueya en el Hudson guarda una correspondencia más que casual con El Barrio en el lado este de Manhattan hace unos treinta o cuarenta años, un paralelo apuntado por otros observadores veteranos (Torres y Bonilla 1992:102).

La "excepción" colonial

Los "mex-yorkers", el último grupo en aparecer en masa en el paisaje latino de la ciudad, también constituyen una "comunidad transnacional", como lo ha demostrado una investigación etnográfica creativa con detalles convincentes (Smith 1992; véase también Millman 1992) y una visita a los antiguos barrios puertorriqueños en El Barrio o Williamsburg, Brooklyn, hace patente. Los colombianos, ecuatorianos, salvadoreños y demás grupos principales de latinos en Nueva York participan de un "sistema sociocultural transnacional" en sus vidas diarias, "aquí" o "allá", y en sus formas crecientemente híbridas de autoidentificación.⁵ Individualmente y en conjunto, representan más bien una "transnación diaspórica" que un grupo étnico inmigrante. Aunque la narrativa inmigrante ya familiar puede acompañarlos al asentarse en sus nichos y enclaves, las expectativas de su incorporación inmediata o definitiva en la vida neoyorquina siguen siendo débiles bajo las actuales condiciones de reestructuración económica global. La formación de vínculos transnacionales sistémicos con dimensiones económicas, políticas y culturales es, pues, un asunto de necesidad histórica en ambos lugares; los vínculos se estructuran dentro de las mismas relaciones entre el país o la región de origen y los Estados Unidos, y hasta dentro de las mismas condiciones de la migración. En este sentido, el carácter transnacional de la presencia latina en Nueva York sigue el patrón establecido desde hace varias décadas y, de la manera más intrincada, imita la experiencia de la emigración puertorriqueña.

Pero aun entre los "transnacionales latinos" los puertorriqueños siguen siendo la "excepción" entre los grupos en Nueva York, distintos incluso de sus primos más cercanos, los *Dominican Yorks*. Esta diferencia se establece, en sentido formal, a partir de la ciudadanía norteamericana y en la práctica social, como apunta el congresista Serrano, por la naturaleza de segunda clase de esa condición supuestamente privilegiada. Las relaciones coloniales directas, un legado ininterrumpido y omnipresente, gobiernan los motivos y los resultados de todo el proceso de migración y asentamiento, y le otorgan

un nivel consistentemente bajo a las expectativas y oportunidades del grupo. Para los puertorriqueños, las "bendiciones" de la ciudadanía norteamericana han sido peor que mixtas. Bajo las constantes maquinaciones del régimen colonial, la ciudadanía ha sido un estigma útil para el tratamiento patológico, más que cancelando a la larga cualquier exención ventajosa de los peores sufrimientos de los inmigrantes. Como sostiene Willie Colón desde el título de un álbum reciente, los puertorriqueños son "extranjeros legales". Y otros latinos, la mayoría de los cuales han tenido que soportar las terribles humillaciones de la condición de indocumentados, reconocen esta diferencia. Como informó un corresponsal del *Christian Science Monitor* en una encuesta de comunidades hispanas,

cada vez que los puertorriqueños surgían en la discusión, los chicanos y cubanos repetían que los puertorriqueños tenían una carga adicional, además de su idioma, su color y su pobreza. Era, según ellos, la incertidumbre psicológica resultante del limbo en que se había convertido el Estado Libre Asociado de Puerto Rico. Para el puertorriqueño promedio, según este argumento, el status de Estado Libre Asociado significa el mantenerse preso de los Estados Unidos (Godsell 1980:13).

De manera más precisa, quizás deba considerarse a los puertorriqueños como "emigrantes coloniales" (o "[in]migrantes", para usar el término de Clara Rodríguez) en la metrópoli global, con una fuerte congruencia en una escala internacional con sus contrapartidas como los jamaquinos en Londres, los martiniqueños en París y los surinameses en Amsterdam.⁶ Al rebatir el argumento de Chavez, Serrano establece una equivalencia entre el legado psicológico del colonialismo para los puertorriqueños y el de la esclavitud para los negros americanos, o al menos los relaciona para evadir el análisis superficial de la "excepción puertorriqueña". Y en verdad, la larga, profunda y compleja relación con los africano-americanos, más que la marca externa de la ciudadanía, distingue claramente la posición y la interacción social de los puertorriqueños de las de otros grupos latinos transnacionales en Nueva York. A través de su travesía de un siglo y especialmente desde finales de los años cuarenta, los puertorriqueños en Nueva York han vivido y trabajado de cerca con los negros, quizás más cerca que ningún otro grupo nacional en la historia de los Estados Unidos. Además de las fusiones culturales sin precedentes, la mayoría de los indicadores sociales apunta consistentemente hacia mayores semejanzas entre los puertorriqueños y los negros que con otros grupos latinos o con el agregado latino en general (Torres 1995). Debido a la brecha entre los análisis sociodemográficos y los cualitativos y teóricos, poco se ha hecho hasta la fecha sobre estas tendencias potentes y demostrables. Y la imposición

del constructo de "latino" en el campo de las opciones de la identidad sólo ha oscurecido aún más el asunto.

A diferencia de las comunidades diaspóricas transnacionales en general, los emigrantes coloniales están insertados orgánicamente en las divisiones raciales y en las dinámicas culturales y clasistas de la sociedad metropolitana. Especialmente a partir de la década de 1960, el problema de la identidad puertorriqueña ha estado entrelazado con la experiencia social y cultural de los africanoamericanos, con los problemas concomitantes de la negritud y la "doble conciencia"--aún más que para los miembros de piel más oscura de la comunidad dominicana en el futuro previsible. De manera semejante, los puertorriqueños en los Estados Unidos han desarrollado lazos históricos más estrechos con la población chicana que sus parientes culturales ancestrales de Centroamérica y aún más que sus vecinos mixtecos en El Barrio. Los lazos coloniales directos colocan a los puertorriqueños en los Estados Unidos tanto adentro como afuera de la política interna norteamericana, con intereses igualmente arraigados en las luchas por la justicia y la igualdad en los Estados Unidos y las luchas por la soberanía en el Caribe y Latinoamérica. El sentido de ambivalencia usualmente atribuido al limbo del Estado Libre Asociado tiene que ver con esta dualidad de enfoques políticos, este anclaje simultáneo en dos frentes sociales. Pero no es solamente una "carga", como le llaman otros latinos simpatizantes, ni tampoco significa necesariamente una crisis disfuncional de identidad. Estratégicamente, con casi la mitad de la nación viviendo al otro lado del borde territorial y con los bordes constantemente entremezclados a causa de una migración circular sin paralelos, no hay otra alternativa a una posición de múltiples identidades.

La validez del debatible concepto de "latino" o "hispano" reside en su capacidad para incluir la gama completa de experiencias e identidades sociales, y particularmente la divergencia entre las poblaciones recientes de "inmigrantes latinos" y, por falta de un mejor término, "las minorías residentes" en las comunidades chicanas y puertorriqueñas. En el contexto del "nuevo New York", la prueba más dura del "latinismo" es su negociación de las diversas líneas de solidaridad y las relaciones históricamente estructuradas que gobiernan a la identidad social puertorriqueña--con otras comunidades, por ejemplo, las del Caribe francófono o anglófono, o con los africanoamericanos y chicanos, o con otros migrantes coloniales en "ciudades globales" y, por supuesto, con otros puertorriqueños, "allá" en la Isla o "acá" en la diáspora. Todas estas dimensiones cruciales de la autoidentificación de los puertorriqueños en Nueva York ensanchan la idea de lo "pan-hispano" de distintas maneras, pero deben considerarse para evitar "sustituir [los términos 'hispano' y 'latino'] por el de 'puertorriqueño', porque éste

último, de varias maneras, se ha convertido en una identificación de 'malas relaciones públicas' para los puertorriqueños en Nueva York", según se informó hace cuatro décadas (Padilla 1958:32). Es decir, a menos que la red pan-étnica se abra suficientemente como para cruzar las líneas lingüísticas, raciales, económicas y geográficas, el componente puertorriqueño se identificará demasiado fácilmente con las implicaciones estigmatizadas y despreciadas del rótulo. Como resultado, los puertorriqueños serán vistos como la mancha que la "nueva política de la asimilación de los hispanos" debe limpiar.

Por otra parte, la influencia es recíproca y general, y las perspectivas introducidas por los nuevos grupos latinos también están ayudando a amoldar los términos de una identidad y un movimiento social multigrupal. Estos términos siempre son provisionales y están sujetos a reevaluación, como lo ilustra la inversión irónica de las condiciones interlatinas en el Chicago actual, donde primero estudió Félix Padilla el surgimiento de una "conciencia étnica latina". A finales de 1995, varios grupos latinos reclamaron que se desmantelara el distrito congresional por el que una vez lucharon arduamente. La razón para este fenómeno es que los mexicanos y puertorriqueños son, en sus propias palabras, "racialmente diferentes y tienen poco en común más allá de su idioma" (Oclander 1995:22-23). [Por cierto, el presidente de la Asociación de Bomberos Latinos de Chicago, Charles Vázquez, respondió astutamente a la cita: "A aquellos que dicen que somos 'diferentes racialmente', ¿cuál es la diferencia entre un mexicano pobre que gana salario mínimo y un puertorriqueño pobre que gana salario mínimo?" (*Chicago Sun Times* 1995:30).] Los informes de tales resistencias a la homogenización entre los grupos latinos abundan en Los Angeles, Miami y Nueva York. Cuestionan cualquier imagen fácil y ominosa de los latinos como una tribu u horda entrelazada orgánicamente. Pero las divergencias prácticas no necesariamente invalidan las posibilidades estratégicas y el proceso formativo de una unidad latina. Más bien, señalan la necesidad de un concepto eminentemente flexible e inclusivo basado en una comprensión clara de las diferencias y particularidades históricas.

Con tal concepto en mente, uno sólo puede estar de acuerdo con Oboler (1995:16) cuando argumenta que las "diferencias en las maneras en que la raza y la clase son entendidas por inmigrantes latinoamericanos recién llegados son importantes al evaluar los problemas que contribuyen o impiden el desarrollo de ... una cultura latina en el contexto de los Estados Unidos". Las lecciones y experiencias de América Latina y el Caribe pueden enriquecer y ampliar los horizontes culturales y políticos de los latinos, notablemente los chicanos y los puertorriqueños, que llevan más tiempo en los barrios y

centros de trabajo norteamericanos. Pueden ofrecer esperanzas para que la idea y el estudio de los latinos puedan trascender--y transgredir--los confines del discurso público norteamericano sobre la política y la identidad cultural, así como conectarlo (o reconectarlo) con los procesos globales de los que forman parte. Esta esperanza está viva en el "nuevo New York", a medida que los puertorriqueños--como ciudadanos norteamericanos cada vez más angloparlantes--se ven motivados a apelar a la solidaridad latina para reafirmar su compromiso con los derechos de los inmigrantes y las minorías lingüísticas, y a abrazar la visión trans-latina de "nuestra América" (véase Velázquez 1995; Fuentes 1992).

El libro de Sivanne contiene múltiples errores fácticos y expresiones pomposas como las siguientes: "el mestizaje latino"; "una lista de miscelánea de puñetas añeas"; "la asimilación latina la choca de razas"; "nuestro propósito es asimilar a los anglos lentamente"; "la sociedad está comenzando a abstrar a los latinos, de personas marginales a iniciadores de moda, de los excluidos a los comerciantes de adentro"; "las víctimas del pasado y los conquistadores del futuro, nosotros los hispanos".

El término "sistema sociocultural transracional" fue utilizado en un ensayo sobre los inmigrantes cubanos en Nueva York (véase Sutton 1987).

Clara Rodríguez (1989: 18-19) menciona pero no elabora la especificación de los puertorriqueños como "(in)migrantes coloniales" y su posición paralela a otros inmigrantes coloniales o poscoloniales en otras partes del mundo. Para una discusión más amplia del concepto, véase Grosfoguel y Goyas (1996).

NOTAS

¹ Este artículo es una versión revisada de un trabajo publicado anteriormente en inglés (Flores 1996). La traducción al español estuvo a cargo de Jorge Duany.

² Véase, por ejemplo, el influyente libro de Saskia Sassen, *The Global City: New York, London, Tokyo* (1991). La idea de Nueva York como "ciudad global" fue parte integrante de la campaña para la alcaldía y la administración de Ed Koch. Véase también Fitch (1993), especialmente el capítulo titulado "Global City or Globaloney".

³ Para una discusión de las organizaciones y actividades pan-latinas en Nueva York durante las primeras décadas del siglo 20, véase Glasser (1995). Véase también las crónicas de Bernardo Vega (1984).

⁴ El libro de Stavans contiene múltiples errores fácticos y expresiones pomposas como las siguientes: "el metabolismo latino"; "una fiesta de miscegenación de quinientos años"; "la asimilación latina al crisol de razas"; "nuestro propósito es asimilar a los anglos lentamente"; "la sociedad está comenzando a abrazar a los latinos, de personajes marginales a iniciadores de moda, de los excluidos a los comerciantes de adentro"; "las víctimas del pasado y los conquistadores del futuro, nosotros los hispanos".

⁵ El término "sistema sociocultural transnacional" fue utilizado en un ensayo sobre los inmigrantes caribeños en Nueva York (véase Sutton 1987).

⁶ Clara Rodríguez (1989:18-19) menciona pero no elabora la especificación de los puertorriqueños como "(in)migrantes coloniales" y su posición paralela a otros inmigrantes coloniales o poscoloniales en otras partes del mundo. Para una discusión más amplia del concepto, véase Grosfoguel y Georas (1996).

REFERENCIAS

- Chicago Sun Times*. (1995). Hispanics Must Forget Politics, Focus on Unity. 27 de diciembre, p. 30.
- Colón, Willie. (1991). Taking Exception with Chavez. *New York Newsday*, p. 86.
- Duany, Jorge. (1994). *Quisqueya on the Hudson: The Transnational Identity of Dominicans in Washington Heights*. Nueva York: Dominican Studies Institute, CUNY.
- Espiritu, Yen Le. (1992). *Asian American Panethnicity: Building Institutions and Identities*. Filadelfia: Temple University Press.
- Fernández, Enrique. (1988). Estilo Latino: Buscando Nueva York. *Village Voice*, 8 de agosto, p. 19.
- Fitch, Robert. (1993). *The Assassination of New York*. Londres: Verso.
- Flores, Juan. (1996). Pan-Latino/Trans-Latino: Puerto Ricans in the "New Nueva York". *Centro de Estudios Puertorriqueños Bulletin* 8 (1-2):171-186.
- Foner, Nancy, ed. (1987). *New Immigrants in New York*. Nueva York: Columbia University Press.
- Forbes, Jack D. (1992). The Hispanic Spin: Party Politics and Governmental Manipulation of Ethnic Identity. *Latin American Perspectives* 19 (4):59-78.
- Fuentes, Annette. (1992). New York: Elusive Unity in La Gran Manzana. *NACLA Report on the Americas* 26 (2):27-33.
- Giménez, Martha. (1992). U.S. Ethnic Politics: Implications for Latin Americans. *Latin American Perspectives* 19 (4):7-17.
- Glasser, Ruth. (1995). *My Music is My Flag: Puerto Rican Musicians and their New York Communities, 1917-1940*. Berkeley: University of California Press.
- Godsell, Geoffrey. (1980). The Puerto Ricans. *The Christian Science Monitor*, 1 de mayo, p. 13.
- Grosfoguel, Ramón y Chloé S. Georas. (1996). The Racialization of Latino Caribbean Migrants in the New York Metropolitan Area. *Centro de Estudios Puertorriqueños Bulletin* 8 (1-2):191-201.
- Handlin, Oscar. (1959). *The Newcomers: Negroes and Puerto Ricans in a Changing Metropolis*. Cambridge: Harvard University Press.
- Haslip-Viera, Gabriel. (1996). The Evolution of the Latino Community in the New York Metropolitan Area, 1810 to the Present. En *Latinos in New York: Communities in Transition*, editado por Gabriel Haslip-Viera y Sherrie Bayer. Notre Dame, Ind.: Notre Dame University Press.
- Hayes Bautista, David E. y Jorge Chapa. (1987). Latino Terminology: Conceptual Base for Standardized Terminology. *American Journal of Public Health* 77:61-68.
- Hernández, Ramona, Francisco Rivera-Batiz y Roberto Agodini. (1995). *Dominican New Yorkers: A Socioeconomic Profile*. Nueva York: Dominican

Studies Institute, CUNY

- Hernández, Ramona y Silvio Torres-Saillant. (1996). *Dominicans in New York: Men, Women, and Prospects*. En *Latinos in New York: Communities in Transition*, editado por Gabriel Haslip-Viera y Sherrie Bayer. Notre Dame, Ind.: Notre Dame University Press.
- López, David y Yen Espiritu. (1990). Panethnicity in the United States: A Theoretical Framework. *Ethnic and Racial Studies* 13:198-224.
- Mann, Evelyn S. y Joseph J. Salvo. (1984). *Characteristics of New Hispanic Immigrants to New York City: A Comparison of Puerto Rican and Non-Puerto Rican Hispanics*. Department of City Planning, New York City.
- Millman, Joel. (1992). New Mex City. *New York*, 7 de septiembre, pp. 37-43.
- Oboler, Suzanne. (1995). *Ethnic Labels, Latino Lives: Identity and the Politics of (Re)Presentation in the United States*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Oclander, Jorge. (1995). Latinos Split Over Keeping their House District. *Chicago Sun Times*. 13 de diciembre, pp. 22-23.
- Padilla, Elena. (1958). *Up from Puerto Rico*. Nueva York: Columbia University Press.
- Padilla, Félix. (1990). Latin America: The Historical Base of Latino Unity. *Latino Studies Journal* 1 (1):7-27.
- Padilla, Félix. (1985a). *Latino Ethnic Consciousness: The Case of Mexican Americans and Puerto Ricans in Chicago*. Notre Dame, Ind.: Notre Dame University Press.
- Padilla, Félix. (1985b). On the Nature of Latino Ethnicity. En *The Mexican American Experience*, editado por Rodolfo de la Garza, pp. 332-345. Austin: University of Texas Press.
- Robinson, William I. (1992). The Global Economy and the Latino Populations in the United States: A World Systems Approach. *Critical Sociology* 19 (2):29-59.
- Rodríguez, Clara. (1989). *Puerto Ricans: Born in the U.S.A.* Boston: Unwin Hyman.
- Sassen, Saskia. (1991). *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton: Princeton University Press.
- Serrano, José. (1991). *New York Newsday*, p. 83.
- Shorris, Earl. (1992). *Latinos: A Biography of the People*. Nueva York: Norton.
- Smith, Robert. (1992). Mixteca in New York; New York in Mixteca. *NACLA Report on the Americas* 26 (1):39-41.
- Stavans, Ilan. (1995). *The Hispanic Condition: Reflections on Culture and Identity in America*. Nueva York: Harper Collins.

JUAN FLORES
RESUMEN

Uno de los cambios más dramáticos y visibles en el perfil de la ciudad de Nueva York en las últimas dos décadas ha sido la creciente diversidad de su población latina. Esta trascendental "pan-latinización" de la ciudad a lo largo de una sola generación requiere repensar la cultura y la identidad puertorriqueña en los Estados Unidos. Un análisis de la cultura y la política contemporánea de los puertorriqueños en Nueva York necesariamente invoca un término más abarcador como el de "latino" para referirse a un conglomerado de experiencias históricas congruentes y entrelazadas. En muchos sentidos, Nueva York se ha convertido en la ciudad pan-latina por excelencia. Y es tal vez aquí, en el "nuevo New York" post-Nuyorican, donde el concepto latino de asociación grupal se enfrenta a su mayor reto. La situación distintiva de los puertorriqueños--el vínculo directo y estructurado entre su posición "étnica" y la condición política de su país de origen--es sólo una versión más gráfica y prominente de la experiencia latina en general. La razón para diferenciar y quizás privilegiar una perspectiva puertorriqueña al analizar el concepto pan-latino no radica, entonces, en apelar al tamaño y la longevidad de la comunidad boricua en Nueva York. El desafío más serio para un análisis de la identidad latina en el "nuevo New York" es cómo conceptualizar la convergente geografía cultural de tantas vidas latinas y evaluar la relativa validez de un término identificatorio común para todos, a la vez que se le otorga el debido peso analítico a la posición especial y el punto de vista del grupo más numeroso, antiguo y distintivo desde una perspectiva estructural, los puertorriqueños. [*Palabras clave:* latinos en Nueva York, puertorriqueños en los Estados Unidos, relaciones interétnicas, etnicidad, identidad cultural.]

ABSTRACT

One of the most dramatic and visible changes in the face of New York City over the past two decades has been the growing diversity of its Latino presence. This momentous "pan-Latinization" over the course of a single generation makes it necessary to rethink the whole issue of Puerto Rican culture and identity in the United States. A contemporary analysis of Puerto Rican culture and politics in New York necessarily invokes a more embracing term such as "Latino" to refer to an ensemble of congruent and intertwining historical experiences. In many ways, New York has become the pan-Latin city par excellence. And it is perhaps here, in the "new", post-Nuyorican Nueva York, that the Latino concept of group association stands its strongest test. The distinguishing situation of Puerto Ricans--the direct structured link between their "ethnic" placement and the political condition of their homeland--is actually a more graphic and prominent version of the Latino experience in general. The reason for differentiating, and perhaps privileging, a Puerto Rican perspective when analyzing the pan-Latino concept does not rest, therefore, on an appeal

to the size and longevity of the New York community. The most serious challenge facing an analysis of Latino identity in the "New Nueva York" is how to conceptualize the converging cultural geography of so many Latino lives, and assess the relative validity of a common identificatory term for all, while still giving adequate analytical weight to the special position and standpoint of the largest, oldest, and most structurally different group, the Puerto Ricans. [**Keywords:** Latinos in New York, Puerto Ricans in the United States, interethnic relations, ethnicity, cultural identity.]